

MOTIVOS EXTREMEÑOS

¡ADMIRABLE, ADMIRABLE!

EL automóvil se detiene en la plaza del pueblo y de él descienden una dama bella y elegante y un caballero joven. Es un matrimonio de turistas norteamericanos. En la plaza merodea una banda de chiquillos, huidizos del trajín escolar, y acude a curiosear en torno a los extranjeros. Y basta que éstos pronuncien unas palabras en inglés para que los muchachos se miren alborozados, prometiéndose una diversión. La dama sonríe, en el fondo un poco divertida también con el espectáculo, mientras el caballero acompañante requiere al chófer y ambos se ponen a revisar las piezas del motor.

A esta hora, rayana en el mediodía, la plaza, el corazón del pueblo, está casi desierta. La parte en dos mitades un plano de sol donde picotean los gorriones. Han huído ya del ámbito de la plaza los ruidos matinales del mercado y el ajeteo de los vecinos que han transitado horas antes con el afán del día. Levantados los puestos, acabadas las misas, repartidos los trabajadores y entregado el pueblo al quehacer, sólo han quedado en la plaza los niños ociosos sin escuela, los gorriones buscadores y audaces, la pareja de municipales que toma el sol en la puerta del Ayuntamiento y la esfera del reloj que desde la torre de la iglesia parece un ojo gigantesco mirando atentamente a la plaza para saludarla a su tiempo con las campanadas de las horas.

Mira la dama esta esfera del reloj, compulsándola con la de su diminuta máquina de pulsera, y se impacienta un poco, porque su joven acompañante no acaba la tarea que se ha impuesto conjuntamente con el chófer. Y por decir algo, o por distraer la espera, pronuncia un dictado geográfico y, dirigiéndose sonriente a los niños, pregunta en correcto español:

—Se llama así este pueblo... ¿verdad?

Los muchachos asienten, aunque extrañándose de que alguien, dentro del pueblo, pregunte poniendo en duda su denominación. La dama entonces, deseosa de seguir la charla, expresa el nombre de un conquistador y vuelve a preguntar jovial a los chiquillos.

—Ese conquistador nació entonces aquí ¿no es eso?

—Sí, señora; aquí dicen que nació—contesta por todos el que parece más avisado de los rapaces.

—¿Cómo que «dicen»?—repara la dama—¿Pero tú no lo afirmas por cierto?

—¿Yo, y pa qué?—pregunta el muchacho.

—¡Ah! ¿Para tí no tiene importancia ser conterráneo de un héroe?

El muchacho se encoge de hombros, como si no comprendiese

bien el alcance de cuanto ha querido decirle la dama. Esta observa entonces al rapaz más atentamente, sorprendida y desconcertada un poco con tal actitud. Da en esto su hora la campana del reloj. Es una voz afable y sencillita; no tiene nada de retumbo solemne y más bien parece un eco amigable de saludo y de compañía. Tampoco la campana del reloj, piensa la dama, parece dar importancia a presidir las horas en el pueblo de un conquistador.

* * *

En realidad, los turistas van de sorpresa en sorpresa. Desde que entraron en Extremadura, por sus confines con Toledo, se han desorientado al ver tierras y paisajes distintos a como los habían imaginado. Ellos habían creído hallar el ambiente de los conquistadores cuartelado de signos mitológicos. Parajes de alucinación como escenario de los primeros pasos—¿por qué no imaginarlos ciclópeos?—de aquellos hombres, los más parecidos a los dioses. Y han visto solamente tierras austeras y sencillas, tierras casi yermas, llanas u onduladas, vestidas del pardo color de la estameña franciscana. Tierras casi despobladas, silenciosas y solitarias, sequerizas y endurcidas, donde solo la encina pone en el paisaje de trecho en trecho el trasunto del bosque primitivo y el olivo y la higuera la fisonomía ennoblecida del cultivo vernal. Desde Trujillo a la Serena, pasando por Medellín, la tierra de los más grandes conquistadores, únicamente esas encinas milenarias y esos olivos patriarcales han animado un poco el paisaje adusto, de perspectivas grises, de extensiones rasas y muertas salpicadas de berrocales y de hitos de pizarras.

Así parece ser también este pueblo: bien distinto a lo imaginado para pueblo de un conquistador. Se pudiera decir que han pasado cuatrocientos años por él sin que haya variado su fisonomía. Sólo a las cuatro o cinco calles céntricas han revocado un poco la modernidad y la urbanización. Las demás permanecen inmutables, cuajadas en su silencio y su tiempo, seguramente iguales a como las vió y las transitó aquel conquistador.

Y seguramente tampoco han variado sus habitantes desde aquellos tiempos del héroe. Mudadas las modas actuales por las de antaño, veríamos los mismos tipos que él vió y con quienes convivió socialmente. Los mismos campesinos, los mismos artesanos, los mismos señores, las mismas damas y damiselas con su cortejo de galanes y rendidores. Pero acaso—piensa la dama—el valor principal del pueblo radique en su continuidad, en su invariabilidad racial.

Como quiera que sea, el pueblo es interesante por su tipismo, pese a su aspecto pobre y a su sello de incuria. Tienen un especial encanto ese mirador, blanco de cal, de factura mudéjar, que forma la azotea de una casa en la plaza, y la silueta de esa palmera inmóvil que alza su copa desde el patio del convento de las Clarisas según explican a la dama extranjera los chiquillos. Ella cree que sólo por esto no ha perdido su viaje a aquel pueblo. Y enfoca su Kodac al mirador; al fondo la palmera; en el marco de la visión, la plaza; y en

primer término, el grupo de arrapiezos que ella ha colocado espectacularmente. Tira la placa y exclama regocijada por el éxito:

—¡Ya está!

* * *

Casi al mismo tiempo han terminado de revisar las piezas del motor el chófer y el caballero joven, esposo y colaborador de la dama. Hablan entonces de iniciar su paseo por el pueblo, cuando, viniendo hacia ellos, atraviesa la plaza un pseudo ilustrado local. Es una especie de *cicerone* oficioso que ha atisbado a los forasteros desde la puerta del casino y en su papel de pseudo sabio y de incorregible entrometido acude a ofrecerse a los visitantes.

Cortesía y urbanidad, en frases cumplidas y hospitalarias. Los extranjeros aceptan complacidos la compañía del guía local al que atribuyen cierta importancia y autoridad de personaje. Y empiezan a recorrer las calles del pueblo hacia los rincones históricos que deben de guardar recuerdos del conquistador. Calles mal empedradas, estrechas y tortuosas, con casas humildes que parecen desvenecijadas y a punto de reventar por la comba de sus panzas. En una de esas casas, convertida en portal, suena estridente la sierra del carpintero, llevando un escalofrío por la calle. Luego, al cruzar por delante de ese portal, huele todo él a resina de pino, a virutas y a aserrín nuevo. De vez en cuando viene de dentro de las casas como un efluvio del quehacer hogareño, acompañado de canturreos. En los altozanos, mientras dormitan los perros y toman el sol los viejos, se oye venir por el aire el canto de los gallos. El pueblo va adaptando su fisonomía al curso de la luz como una planta de girasol. Y tiene todo ello un encanto pristino y sencillo, lleno de naturalidad.

—¡Admirable, admirable!—exclama para sí la dama.

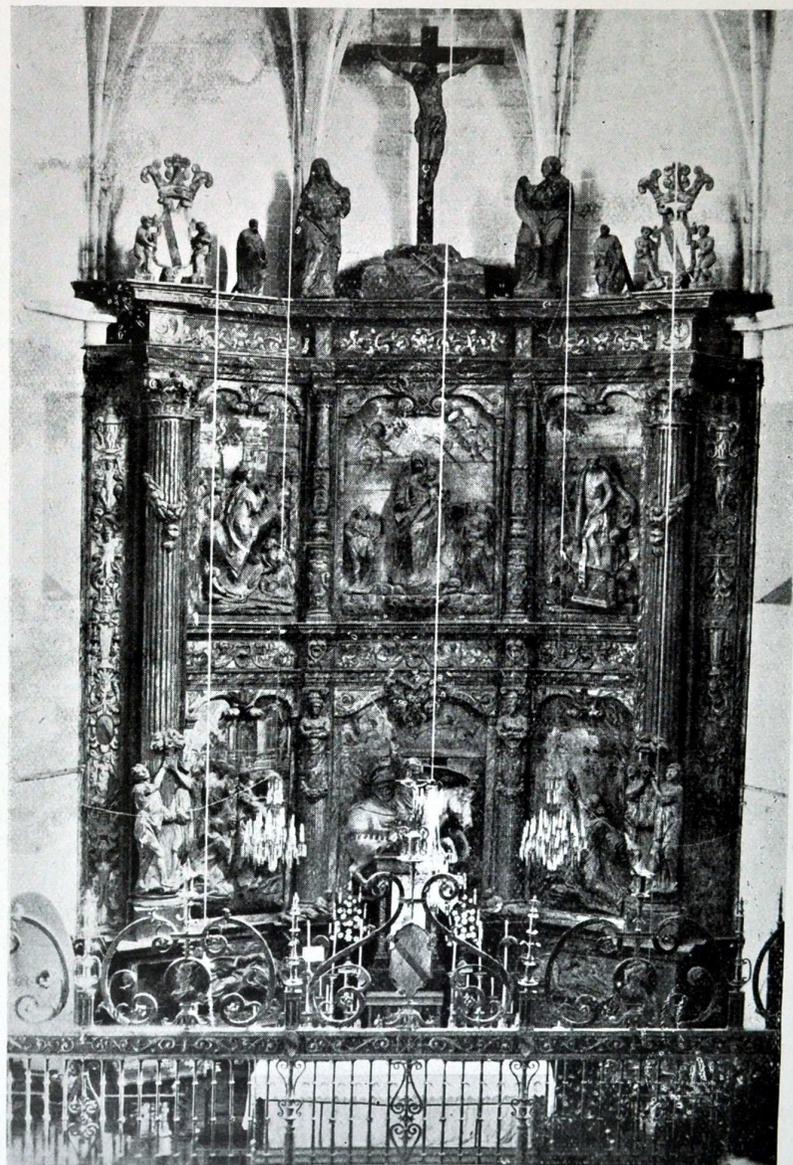
El personaje local se dijera que ha oído el monólogo íntimo de la turista extranjera, pero a la inversa de su sentido. Porque acude oficioso a parar los golpes que supone están dando en la sensibilidad refinada de los visitantes las fealdades manifiestas del pueblo. Y no sabe cómo recriminar su abandono, su pobreza, su falta de inquietudes por lo que él llama la moderna civilización. Abomina de las costumbres de los moradores, de su apego a la tradición, de su modo de vivir resignados a la humildad de tantas renunciaciones.

El caballero norteamericano mira al pseudo personaje local de un modo extraño, casi alarmado de oírle expresarse así, mientras su esposa, la bella y elegante dama, exclama repetidamente no se sabe si aplaudiendo al *cicerone* o escandalizada por lo que dice:

—¡Admirable, admirable!

* * *

Luego, desde lo alto de la torre de la iglesia, donde la esfera del reloj guarda su corazón de campana, los visitantes otean la campiña. Otra vez las glebas pardirrojas que los extranjeros han visto en



ALBUM EXTREMEÑO: Retablo del Altar Mayor del templo de Santiago, de Cáceres. (Foto Javier)

su recorrido por esta tierra de conquistadores. Calma y plenitud de paz en el descampado. Y una silueta humana que se mueve tras el arado, levantando a la tierra seca y dura su vedija de polvo.

El personaje local vuelve a sentir el rubor de la modernidad ante este cuadro pobre y triste del labrantío en el páramo. Y abomina de la agricultura española. Desde mucho antes de que naciera el conquistador se labraban ya estos pegujales. Y añade que en un cultivo ancestral de siglos y siglos se empobrecen y agotan estas gentes, apegadas al mísero terrón como el muérdago a la encina.

—Siquiera en el país de ustedes—dice el personaje local, lisonjeando a los extranjeros—las tierras son mucho más fecundas. ¡Allí sí que da gusto vivir! La mecánica pregonando cada día un triunfo nuevo. Por todas partes el bienestar, la comodidad, los refinamientos, las facilidades, la abundancia, la riqueza. Indudablemente: el nivel de vida de ustedes es infinitamente superior al nuestro.

Pero el caballero norteamericano se dijera que no acierta sino a sonreír y a hacer gestos sin despejar los labios y la dama elegante se creyera también que sólo sabe repetir una misma palabra:

—¡Admirable, admirable!

* * *

—¿Y el amor?—pregunta de pronto, sorprendiendo a todos, el joven caballero norteamericano.

Está viendo desde lo alto de la torre un cuadro que le parece idílico. Más allá de la plaza, en el cuadrilátero con que forman las calles un pequeño altozano, lanza su constante rumor el caño de un pilar. Una moza llena su cántaro en el chorro y al lado de ella un galán sonríe en actitud sumisa.

El personaje local mira el cuadro que le señala el turista norteamericano y sonríe despectivamente:

Abomina también del amor, tal como él lo conoce y define en estos pueblos. Según él, no casan por aquí principalmente los corazones, sino las yuntas con las yuntas, las tierras con las tierras. No hay sinceridad emotiva ni libertad en el amor por lo que dice.

—El amor verdad—continúa entusiasmándose—será el que surge espontáneo y súbito como en el país de ustedes. ¡Oh, esta Europa, todavía retrasada y dentro de Europa esta España, el país más retrasado del mundo!...

—Dígame—le interrumpe la dama—¿y estos jóvenes españoles, cuando se casan, se entregan a la infidelidad?

Y como la verdad es tan de bulto que sería una infamia negarla, el personaje local se ve obligado a confesar:

—Ese es el hecho: que son muy raros y excepcionales los casos de infidelidad. No se puede negar en casi la totalidad de los matrimonios una fundamental honradez.

—¿Y no se divorcian?—pregunta a su vez el caballero americano.

—En España—responde el cicerone, extrañado por la pregunta—no está legalmente admitido el divorcio.

—Es verdad—objeta por su parte la dama—pero hubo un tiempo, bien próximo, en que adoptó España el divorcio a su legislación. ¿Hubo entonces muchos divorciados?

—Con disolución de vínculo muy pocos. Casi ninguno. No hubo, en verdad, más divorcios que los de quienes estaban ya prácticamente divorciados, de espaldas a la religión y a la sociedad. Y como esta es la verdad, hay que reconocerla así.

La dama norteamericana enarca un poco las cejas mirando inquisitivamente al *cicerone*; anima después su semblante con una sonrisa luminosa y repite la palabra que parece ha escogido para santo y seña del día:

—¡Admirable, admirable!

* * *

Hasta bien entrada la tarde, después de comer, no han podido los turistas americanos despegarse del *cicerone*. Van a abandonar el pueblo, ya declinando el sol, cuando sus luces se tornan pálidas y a la vez sangran, como remotamente heridos, algunos azules del cielo. En la plaza, que sigue abandonada, toman ahora el sol, junto al atrio de la iglesia, los viejos desahuciados de los altozanos. Y antes de montar en el automóvil la dama turista quiere interrogar a uno de estos viejos que supone representativos.

—¿Quiere usted decirme qué opina de su paisano el conquistador?

—¿De cuál, de aquél que se fué a las Américas y dicen que ajuntó tantas tierras bajo su mando? Si es verdá que ganó tantas riquezas como dicen, se las dejaría allí, porque aquí pocas debió de traer pa sus parientes y familiares. No se conocen ricos por la conquista.

—¿Y la conquista en sí, la obra civilizadora de su paisano, qué le parece?

—El conquistaor fué obediente a su deber y ná más. Le tocó en suerte ese oficio. Otros araban la tierra, guardaban rebaños y forjaban el hierro en el yunque. Al conquistaor le asignó Dios su servicio y él lo cumplió como cá cual el suyo.

Después de esto, no quiere ya oír una palabra más la elegante dama norteamericana. A poco retiembla el motor del automóvil poniéndose en marcha. Y como acoplado sus emociones a estos latidos del coche, la bella viajera no cesa de repetir:

—¡Admirable, admirable!

—¡Oh, sí!—asiente penetrando todo el sentido de su esposa su joven acompañante.

—¡Admirable, admirable!—vuelve a recalcar la dama—Debimos habérselo dicho así a ese ridículo *cicerone* local. Precisamente es admirable esta tierra de conquistadores por los contrastes de su sencillez. Admirable que aquellos héroes forjaran sueños dinámicos en este ambiente de paz y de quietud. Lamentaba ese pedante que estas gentes se apegasen con cariño a unas tierras pobres y esquilmas por el cultivo ancestral de siglos. Pues lo admirable es eso: la continuidad moral de tantas generaciones en la pobreza y la fati-

ga por conservar la patria y el hogar. Si el amor reviste aquí las formas materialistas y calculadoras que dice ese esnobista, lo admirable es la continuidad en el vínculo y en la fidelidad y en los deberes por fundamental honradez. ¿No es admirable que los conquistadores dejen en América sus riquezas y aquí no se conozcan ricos por la conquista? ¿No es admirable ver que a las hazañas inigualadas, a las epopeyas más fabulosas un viejo de pueblo no les dé otra categoría que la de simples actos de servicio por el deber? ¡Oh, admirable tierra de los conquistadores en la admirable España! Y hay algo más sin lo cual España no sería tan admirable. ¿Conoces la anécdota?

—¿Cuál?

—Cuenta un apólogo que en un debate entre las naciones cada una aportaba las mejores pruebas para su grandeza. Cuando le tocó hablar a España, ella dijo: «Cómo seré de grande que subsisto a las calumnias que me lanzan mis propios hijos» Y efectivamente: España no sería tan grande sin ver que hablan mal de ella los propios españoles. ¡Raza singular!

Y ahora, evocando el testimonio admirativo de un genial poeta americano, la dama extranjera recita a modo de oración lírica estos versos frente a la tierra extremeña de los conquistadores:

«Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
¡... almas luminosas, Salve!»

ANTONIO REYES HUERTAS

Campos de Ortiga, Enero de 1949.

IDEARIO EXTREMEÑO

Ni llorar, ni reír, ni hablar, ni contar podemos, como los gentiles, los cristianos. Diga lo que diga la mal avisada ingeniolatría de cultivadores rutinarios o neófitos amadores de lo que el retoricismo llama enfáticamente clásico y literatura clásica, yo, sin que por esto desee resucitar polémicas ya manidas, me limito a preguntar con la voz de la religión, de la historia, de la filosofía y del sentido común: si Jesucristo es venido para restaurar en El todas las cosas de la tierra, ¿cómo esta restauración no ha de informar a motores tan activos y trascendentes de la vida terrenal humana como son la literatura y el arte?

GABINO TEJADO